

Saló. Efímera república fascista del norte de Italia. Provisto de binoculares un viejo jerarca observa cómo en un prado sus secuaces mutilan, cortan lenguas, emasculan y finalmente asesinan a un grupo de jóvenes aldeanos.

Lima. Vientres abaleados, miembros acuchillados, cuerpos achicharrados. Provista de teleobjetivo, toda una metrópoli —perdón, todo un país— observa el ritual de sangre que tiene lugar en una especie de precario, improvisado escenario para títeres.

En *Los 120 días de Sodoma*, último film de Pasolini, un grupo de capostotes fascistas, cercana ya la derrota final, se encierra en un castillo donde sus esbirros han congregado previamente cierto número de adolescentes de ambos sexos.

Encerrados allí, los viejos fascistas y sus servidores parecen exudar toda la capacidad de muerte del fascismo; las relaciones de dominio y servidumbre que prevalecen en la sociedad, con su descomunal potencial de violencia, se concentran y se exageran en ellos, para luego descargarse sobre los cuerpos de los adolescentes: cuerpos para la muerte. Es el sadomasoquismo en su versión más extrema y descarnada: el sexo/muerte ritualizado, convertido en una especie de espectáculo repetitivo, hierático, con la inmovilidad propia de la muerte.

Si el infierno es el lugar donde no se ama, ese es el infierno: frío, sin amor ni pasión o, en todo caso, únicamente la gélida pasión de la muerte.

En los sucesos de El Sexto, última tragedia del gobierno acciopepecista, un gru-

1984: encrucijada para un país violento

Carlos Iván Degregori

po de reclusos hacinados en una sórdida prisión donde se destilan y exageran hasta el paroxismo las relaciones de violencia, de dominio y servidumbre acumuladas por siglos en nuestro país, proceden a revelar una vez más toda la capacidad de muerte de nuestra sociedad, concentrándose esta vez en los cuerpos de una docena de rehenes a través de un ritual de sadismo convertido en espectáculo en un escenario fijo —especie de abertura de la cual emergen intermitentemente los protagonistas realizando muy pocos movimientos, los mínimos necesarios para llevar fríamente el dolor y la humillación hasta límites insoportables.

Sí, el infierno es el lugar donde no se ama. Y si el amor es vida, allí está ausente. Sólo el odio y la muerte segregados por un sistema injusto se agolpan en ese foco infeccioso para luego estallar y difundirse por todo el organismo social, llegando en vivo y en directo a millones de peruanos a través de un medio que correctamente McLuhan definió como "frío": la TV.

No había audio en nuestro teatro—verdad (los locutores cubrían ese vacío), sólo gestos, ojos desorbitados, carteles levantados de cuando en cuando evocando *el entfremdung* brechtiano

Se ha señalado con justicia que los sucesos de El Sexto reproducen, a nivel brutal e instantáneo, el macrocosmos peruano y sus seculares relaciones de opresión. Se ha dicho también que la orgía de sangre parodia, comprimiéndola en 12 horas y en un espacio cerrado, la actitud del gobierno que a través de sucesivos ministros de economía —semejantes a sacerdotes aztecas— esgrime un cuchillo pero computarizado con el cual, imperturbable, sin perder la sonrisa tecnocrática, corta lonja tras lonja del cuerpo nacional, inmovible ante los gritos de horror y las múltiples protestas del país-víctima-rehén.

LOS IDUS DE MARZO

Lo cierto es que conforme transcurre, 1984 aparece como un año crucial en el cual las costuras sociales aceleran su estallido, la movilización popular adquiere dimensiones masivas mientras que los diferentes actores políticos esbozan sus propuestas para la reconstrucción del país.

Estas semanas han demostrado, quizá con mayor intensidad que cualquier otra coyuntura de los últimos años, lo que la derecha nos puede ofrecer. ¿Inmovilismo, desconcierto, un errar sin brújula y sin metas conocidas? Sí, pero, además,

una inquebrantable voluntad de aferrarse a sus lugares de privilegio, que las actitudes de Pércovich y Alayza resumen en toda su magnitud...y pequeñez.

Pero los idus de marzo han acabado con cualquier esperanza de recuperación que pudiera haber albergado el acciopepecismo luego de su derrota electoral en noviembre. El paro nacional, los sucesos de El Sexto y las modificaciones infinitesimales al modelo económico hacen virtualmente imposible una recuperación de la derecha, al menos en el terreno electoral.

Los sucesos de El Sexto, además, han vuelto a sacar a luz el potencial de fascitización que subyace casi a flor de piel bajo la superficie aparentemente caballescaca de la derecha.

NO POR MUCHO MADRUGAR

Son el APRA y la Izquierda Unida quienes se presentan como alternativas con mayores posibilidades de apoyo popular. Pero así como SL recoge nuestro humus más autoritario, el APRA puede estar recogiendo el lado más espectacular de la actual democracia, el lado más "formal" en el sentido estricto de la palabra, que se traduciría en una campaña electoral a la venezolana. Por eso la inquietud por un

candidato joven, mantenido a duras penas en línea a base de baños turcos y dietas rigurosas, campaña millonaria, imagen construida — o reconstruida — con medios económicos y paciencia de arqueólogo para devolverle lozanía al viejo partido.

Pero quizá en el Perú las cosas han avanzado demasiado y por otros derroteros: amplios sectores del pueblo no quieren ser meros espectadores de un bello espectáculo de palomas y banderas ni simple comparsa sino protagonistas de un cambio radical.

Allí puede encallar la madrugadora nave electoral aprista, que acumula en sus bodegas varios panes quemados en la puerta del horno. No de otra forma se puede interpretar su momentáneo opacamiento durante la coyuntura del paro nacional, del cual salió fortalecida Izquierda Unida.

Es que en este 1984, cuando resulta evidente que, incluso sólo para aliviar nuestros males de forma duradera no bastan parches ni bellas palabras, se abren para IU las mejores posibilidades para constituirse en alternativa histórica de las mayorías. Desde el pueblo y sus luchas, continuando el camino trazado por el paro nacional, avanzando hacia el esperado encuentro nacional de organizaciones populares y frentes de defensa, fortaleciéndose orgánicamente y democratizando sus decisiones, ella puede ir forjando una alternativa socialista en la cual, junto al manejo justo y eficiente de nuestros escasos recursos, tenga lugar decisivo una nueva ética alternativa a la del actual sistema, corroído por la inmoralidad y la violencia.